

Una Batalla que Ganó el Humor

por Sebastián Salazar Bondy

LP 27/12/1958

Cuando en 1938, Charles Chaplin concluyó de filmar su despiadada sátira contra Hitler, titulada "El Gran Dictador", el acto se podía calificar de extremadamente audaz. Los mismos norteamericanos, que sabían que el jefe alemán se lanzaría tarde o temprano a la aventura de conquistar el mundo para sí, fruncieron el ceño dubitativos ante esta osada caricatura del líder nazi y no le dieron pase hasta dos años después. Ahora que la cinta se ha reestrenado en todo el mundo, veinte años después de haber sido producida, se puede afirmar que Chaplin y su jocoso remedo de la política germana ganaron, antes que los cañones, la batalla. Nada ha de haber sido más eficaz para el desprestigio del maniático "führer" que esta historia cinematográfica que hoy hace reír aún a los propios alemanes, quienes la ven regocijados como si se contemplaran en el espejo cóncavo de una feria o, tal vez, como en el ámbito de un sueño amargo y ridículo al mismo tiempo.

Ante la fanfarría y la ornamentación suntuosa de que se rodeaba Hitler, ante su gesto enérgico y falsamente sentimental, ante las grandes palabras y las solemnes consignas que su partido había puesto en circulación, ante las promesas de gloria fundada en la sangre que hiciera al pueblo alemán, ante el poderío de las armas que exhibía su ejército, ante todo aquello, en suma, que ablandó el corazón de los parlamentarios de Munich, un "clown" —pues no otra cosa ha querido ser y ha sido Chaplin— puso su terrible sentido del humor. Del wagneriano personaje que descargaba su puño en la tribuna amenazando con triturar a quien se le opusiera hizo un insignificante hombrezuelo que rodaba las escaleras al chocar con su voluminoso ministro, que se miraba gesticulando ante los

espejos, que posaba ante los artistas con absurdo ademán de rigor, que trepaba por las cortinas ante la idea del dominio universal y que jugaba con el globo del mundo en una suerte de jocoso "ballet" íntimo. Gemelo de un pobre peluquero israe-



Chaplin

lita, el caudillo terminaba tras las alambradas de un campo de concentración en tanto su soñolenta montaba al altar para hablar a las masas enfervorizadas de la paz y la libertad. La anécdota —que entraña una burla, pues reduce al titán a la dimensión de un hombre cualquiera— fue sólo un pretexto para mostrar la índole estúpida de la fanfarronada nazi, ante cuyo esplendor tantos, aun en las democracias, sucumbieron.

Las noticias sobre la magnífica acogida que en Alemania ha tenido "El Gran Dictador", de Charles Chaplin, en donde el furibundo Goebbels la condenó, demuestran palpablemente que el pueblo germano fue víctima de una borrachera irracional, de una especie de locura colectiva, pues ahora reacciona favorablemente hacia este valiente alegato premiándolo con su concurrencia y sus aplausos. Son innumerables las inter-

pretaciones que psicólogos y sociólogos han hecho del fenómeno nazi —sobre todo de sus aspectos sanguinarios— en la historia de un pueblo culto e inteligente como el alemán, pero todas están acordes en señalar que ello fue un trastorno pasajero provocado por la excitación, de parte de un grupo de sádicos, de ciertos resentimientos colectivos, a los cuales se ofrecieron, como "chivos expiatorios", las ideas democráticas y la minoría judía. Introducir ese veneno moral en el alma popular de Alemania, exigió la eliminación de toda libertad, de toda posibilidad de opinión. Cerrados en sí mismos, obligados a absorber día tras día las fórmulas que el partido elaboraba para explicar el presente y vislumbrar un futuro "uber alles in die Welt", perdida por el terror y el orgullo vano la dignidad, los germanos siguieron al líder sin saber a dónde éste, cuya meta era su propio endiosamiento, lo llevaba.

Precisamente, Chaplin apeló, frente al público del mundo libre, a la conciencia plena: le propuso la imagen secreta —en pantuflas, diríamos— del monstruo político y le abrió bien los ojos sobre la naturaleza humana, y ello haciéndolo reír, como lo dictaba la vieja y sabia preceptiva latina. En libertad, las democracias decidieron, y su decisión trajo la victoria. Si al nacer el famoso partido de la cervecería, un Chaplin hubiera hecho carcajear a los alemanes con una imagen semejante del brutal demagogo que comenzaba su carrera, tal vez el mundo se hubiera ahorrado mucha sangre. En 1940, sin embargo, cuando la película se dio en Estados Unidos, Francia, Inglaterra, etc., ya las bombas atronaban el espacio europeo y pronto campearían en toda latitud. De todos modos, Chaplin opuso a Hitler su fuerza, la fuerza del humor, y le asestó un glorioso golpe.